



Universidad Pontificia
de Salamanca

***Laudatio* del padrino, José Manuel Alfonso Sánchez** **Doctor *honoris causa* de D. Francesco Tonucci**

Decía don Gregorio Marañón que un prólogo es como una esterilla en que limpiamos el polvo de los zapatos para entrar en una casa. Una llamada a limpiar la mente de prejuicios, dejándose invadir por un nuevo horizonte descubierto y ahondando en su significado. Sin sobrepasar las modestísimas pretensiones de la esterilla mencionada, esta *laudatio* no pretende otra cosa que prepararles para la escucha del discurso que luego pronunciará Francesco Tonucci. Y de paso, cumplir con mi misión ante la comunidad universitaria de contar algunos de sus méritos académicos y científicos, que le hacen acreedor de recibir el doctorado *honoris causa* por nuestra universidad.

Pero antes tienen que “limpiarse el polvo de sus zapatos...”, porque me gustaría que esta mañana volvieran a su infancia. Hagan un esfuerzo de imaginación y recuerden, es decir, traigan al corazón –eso significa recordar– al niño o a la niña que un día fueron. Es verdad que este Aula Magna no ayuda mucho, pues los niños brillan por su ausencia. Sí, ya sé que hay muchos angelitos, pero estos no cuentan. Pues como saben son criaturas espirituales, inmortales e incorpóreas. Así que, para ayudarles en este viaje de regreso a su infancia, imprescindible para poder ver el mundo “con ojos de niño”, nada mejor que un texto de Miguel de Unamuno. ¡Cómo no citar a Unamuno estando en Salamanca! Unamuno, que vivió y murió en esta ciudad, muy cerca de donde nos encontramos. En una carta escrita al P. Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María, cuando le visitó en Granada el año 1903, le dice:

De esta mi visita saco un fruto, y es que a la vista de los niños despierta mi niñez, mi niñez que es la fuente de mis mejores inspiraciones. «Dejad que los niños se acerquen a mí», dijo Jesús, y añadió: “El que no se hiciere como uno de estos pequeños, no entrará en el reino de Dios”. El me dé niñez que no acabe nunca.

Mientras escribo esto están cantando las niñas y resulta así la letra de una música que brota de bocas limpias de las peores inmundicias.

Haga Dios que sean siempre mis letras tan puras como es esa música¹.

Y en un pasaje de su libro, *Vida de D. Quijote y Sancho*, escribe: “Sí, Don Quijote se vuelve aquí a su niñez espiritual, a la niñez cuyo recuerdo es el alivio de nuestra alma, pues es el niño que llevamos todos dentro quien ha de justificarnos algún día”².

Porque Francesco Tonucci es un niño, como dijo y demostró Fabricio Caivano hace ya muchos años: “Dicho sea sin más preámbulos –escribía el fundador y director de la revista *Cuadernos de Pedagogía*–: FT es un niño. Un niño real y auténtico. No un adulto que trata de entender al niño –como yo mismo creía antes–, sino un niño que, bajo la apariencia de un psicólogo barbudo y sabio, se ha infiltrado entre nosotros para reivindicar un mundo nuevo a la medida de la infancia”³. De hecho, a él le gusta llamarse «niñólogo» (*bambinólogo*, diríamos en italiano; *paidólogo*, podríamos decir en griego...) O en latín podríamos conferirle

¹ Carta de Unamuno a Manjón, 6 de septiembre de 1903.

² Unamuno, M. de, *Vida de Don Quijote y Sancho* (Edición de Alberto Navarro), Madrid, Cátedra, 2024¹⁸, 438-439.

³ Caivano, F., «El psicólogo que resultó ser un niño», en Tonucci, F., *Con ojos de niño*, Barcelona, Barcanova, 1983, 14.



Universidad Pontificia
de Salamanca

un nuevo título: antiguamente a algunos reyes el papa les concedía el título de «Defensor fidei». En nuestro caso, [con el permiso del papa León XIV, al fin y al cabo somos una Universidad Pontificia] bien podemos otorgarle el título de «Defensor pueri». Porque Francesco Tonucci ha dedicado toda su vida precisamente a eso, a defender al niño, a dar voz a los niños que normalmente callan y a denunciar, en su nombre, los errores que cometemos los adultos cuando a menudo no los escuchamos, no los entendemos, pretendemos malcriarlos, los engañamos o, lo que es peor, abusamos de ellos.

No voy a detenerme ahora ni en su biografía ni en sus muchos títulos, entre otros, varios doctorados *honoris causa* por universidades españolas y extranjeras. Tampoco en la relación con nuestra universidad, muy ligada a la cátedra san José de Calasanz. Lo tienen todo por escrito. Sólo dos consideraciones antes de pasar a relatar sus principales méritos, tal y como les prometí.

Primera. En la vida de Tonucci ha habido tres maestros principales, que no quiero dejar de mencionar: Janusz Korczak (1878-1942): pediatra judío, director del Orfanato de Varsovia, que murió en 1942, asesinado en el campo de exterminio nazi de Treblinka. Se le considera el padre de la *Convención de los Derechos del Niño*. Lorenzo Milani (1923-1967), maestro y cura de Barbiana. La lectura de *Carta a una maestra* fue el libro de su conversión pedagógica. Mario Lodi (1922-2014), maestro y escritor italiano, al que Francesco Tonucci conoció y trató personalmente, autor de *El país errado*. “Solo soy una persona que va contando cosas, que aprendí de maestros innovadores que he tenido la suerte de tener cerca”, afirma Tonucci.

Y segunda consideración: Francesco Tonucci es un claro ejemplo de doble personalidad –en sentido metafórico–, pues tiene otro *alter ego*. Me estoy refiriendo a *Frato*, que nació en 1968 “en parte en broma en parte por vergüenza –confiesa Tonucci–, pues pensaba que no era una actividad digna de un artista ni de un investigador”⁴. Y, en otro lugar, escribe: “*Frato* es mi mano izquierda, la que hace, la que construye, la que crea, cuyo proceder se presta más a la observación que a la reflexión o a cualquier explicación”⁵. Porque conviene recordar que Francesco Tonucci es fundamentalmente un artista. “Y, ¿qué otra cosa es un artista sino un niño que ha sabido conservar y potenciar su creatividad, intuición, espontaneidad y curiosidad”⁶. René Zazzo, uno de los padres de la psicología francesa, definía las viñetas de Frato como obras de psicología y de pedagogía. Y no seré yo el que lo contradiga. Porque en sus dibujos, aparentemente sencillos, se encierra una sólida cultura pedagógica, psicológica y, sobre todo, civil. Es decir, ciudadana, comprometida.

Y hablando de artistas no puedo menos que recordar las palabras del escultor salmantino Venancio Blanco: “Hagamos que el niño entre en contacto íntimo y natural con el arte, y habremos puesto el futuro del hombre que hay en él, en uno de los caminos más hermosos para entender la vida. Porque vivir de espaldas al arte, aunque a veces se pretenda olvidarlo torpemente, es vivir en tinieblas frente a una de las pocas luces que tienen sentido en el Universo”⁷. O, como decía otro artista en una entrevista, actor en este caso, llamado Antonio Banderas, «los niños son los mejores actores del mundo, porque se creen lo que hacen

⁴ Tonucci, F., *Por qué la infancia. Sobre la necesidad de que nuestras sociedades apuesten definitivamente por las niñas y los niños*, Barcelona, Destino, 2019, 137.

⁵ Id., *Niño se nace. Con ojos de niño*, 2, Barcelona, Barcanova, 1985, 7.

⁶ Caivano, F., «El psicólogo...», 15.

⁷ Prados de la Plaza, F., «El lenguaje de los espacios abiertos en Venancio Blanco», *Nueva Revista*, 28 de abril de 1999. Disponible en <https://www.nuevarevista.net/el-lenguaje-de-los-espacios-abiertos-en-venancio-blanco/>



Universidad Pontificia
de Salamanca

y lo que dicen». ¡Cuánto ganaría nuestra escuela, nuestro sistema educativo, si les hiciéramos caso! A los niños y a los artistas, que como ven son lo mismo.

Y vamos ya con algunos de los méritos que justifican, a mi parecer, la concesión de este doctorado honoris causa:

1. “Sí a escuchar a los niños”. Situar en el centro a la infancia y facilitar su autonomía para defender a los niños que, normalmente, no tienen ni voz ni voto. Para denunciar también los errores educativos e interpelar a los adultos *con ojos de niño*. Hermoso título de uno de sus libros, que resume toda su carrera: observar, estudiar y comentar el mundo de los niños desde su mirada, desde su punto de vista, no del nuestro. Un título al que luego se sumarían otros, escritos desde la misma perspectiva: *Con ojos de niña*; *Con ojos de maestro*; *Con ojos de abuelo*. Y todo ello apoyándose en su otro yo, Frato. Es decir, en sus dibujos y viñetas. Desde ahí ha conseguido expresar cómo es el mundo visto por los niños y, a la vez, entrar en otro mundo tan difícil y francamente hostil a la sátira como es la escuela.

2. “Sí a los últimos”. Crítica a un sistema educativo que sigue considerando a los niños como ignorantes; escuelas donde no pueden hablar, no pueden moverse, no pueden ejercer su creatividad. Un sistema educativo que, además, deja tirados a los últimos y que por muchas circunstancias económicas, sociales, culturales..., acaban fracasando. Pero no son los niños los que fracasan, sino es la escuela la que fracasa cuando no logra despertar el gusto por aprender, ni hacerse querer por sus alumnos. «Si la escuela no logra que la quieran tampoco logrará ofrecer a sus alumnos los instrumentos necesarios para su desarrollo y su realización»⁸. Frente a una escuela basada en la obediencia, la repetición y el aburrimiento, Tonucci propone otra fundada en el diálogo, la experiencia y la libertad responsable. Porque «un día los pupitres florecerán», igual que sus viñetas, sus libros o sus conferencias son semillas que ya han germinado en los patios de las escuelas y en las plazas de las ciudades.

3. “Sí a la confianza en los niños, en sus competencias y capacidades”. Proporcionar a los niños un espacio en la sociedad y, en concreto, en el gobierno de su propio municipio, de su propia ciudad. Así nació en Fano, su ciudad natal, su propuesta o proyecto internacional más conocido: *La ciudad de los niños*. Presente en más de 200 ciudades de 15 países de Europa y América Latina. Entre otros, España, donde al menos 30 ciudades y municipios cuentan con este proyecto. Dos muy cerca de nosotros: Carbajosa de la Sagrada y Villamayor de la Armuña.

4. “Sí a la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño”. Un niño, sujeto de derechos, que aprende y crece en relación con otros y su entorno. Tonucci se ha convertido en un firme defensor en la teoría y en la práctica de una Convención, que, a pesar de estar ratificada por todos los estados del mundo, no la conocen ni los políticos, ni los educadores, ni por supuesto los padres. Y difícilmente se puede cumplir lo que no se conoce.

5. “Sí a la colaboración entre familia, sociedad y escuela”. El 25 de abril de 2020, durante la pandemia de la Covid19, realizó un seminario web en formato video (webinar) para lanzar una propuesta educativa que implicaba una dinámica de colaboración entre familia y docentes: *La casa como laboratorio*. ¡70.000

⁸ Tonucci, F., *Por qué la infancia...*, 143.



Universidad Pontificia
de Salamanca

personas asistieron a la reunión! El gobierno de la Isla de Fuerteventura, en España, relanzó la propuesta de *La casa como laboratorio* con el proyecto Aula STEAM, acrónimo inglés de ciencia, tecnología, ingeniería, arte y matemática. El jardín de infantes C. Collodi de Fano, en Italia, publicó un folleto: *Hoy cocino yo, laboratorio de cocina en familia*. Decenas fueron las entrevistas en diversos países y todas estas experiencias las publicó en un libro: *¿Puede un virus cambiar la escuela?*, Grao, 2020.

[Termino] Mi querido y admirado J. I. Tellechea, al que muchos de los aquí presentes tuvieron la suerte de conocer, distinguía con mucha ironía entre el "doctorado *honoris causa*" y el "doctorado *sudoris causa*"; este último, fruto del trabajo, del esfuerzo, de la perseverancia, no del honor. En todo caso, el mejor honor que te podemos hacer, querido Francesco, es dar a conocer tu obra y, sobre todo, leerla.

Comencé hablando de niños y les pedí que recordaran al niño o a la niña de sus primeros años. No sé si lo he conseguido. Como decía el polifacético artista chileno-francés, Alejandro Jodorowsky, "el tiempo sobre la piel son arrugas; debajo de la piel es un niño que aún se sorprende". Comencé hablando de niños y quiero terminar con lo mismo, pero sorprendiéndoles, provocándoles una sonrisa. Porque los niños son alegres por naturaleza, y cuando no lo son es casi siempre por culpa nuestra, por culpa de los adultos. Corren por internet unas curiosas cartas que escribieron a Dios un buen número de niños. Supongamos que son italianos, por razones obvias:

– Querido Dios: En vez de permitir que las personas se mueran y tener que hacer otras nuevas, ¿por qué no te quedas con las que tienes ahora? (*Letizia*).

– Querido Dios: Si miras para mí en la iglesia este domingo, te voy a enseñar mis zapatos nuevos (*Michele*).

–Querido Dios: ¿De verdad que tú querías que así fuera la jirafa o fue un accidente? (*Norma*).

–Querido Dios: Seguro que es muy difícil para ti amar a todas las personas del mundo. En mi familia hay solamente cuatro personas y nunca lo logro... (*Nadia*).

Querido Dios: Leí que Thomas Edison hizo la luz. Pero en la iglesia me enseñaron que fuiste tú. A mí me parece que el tipo te robó la idea (*Diana*).

Querido Francesco. Querido Frato. En nombre de la Facultad de Educación y en nombre de la Universidad Pontificia que nos acoge a todos, te agradezco haber aceptado formar parte de nuestra lista de doctores honoris causa. Tu obra y tu presencia nos enriquece y nos devuelve esta mañana a nuestra infancia. *Grazie mille*. Y gracias a todos por su paciencia.